

astola

ikerketa eta historia

DURANGALDEKO
URTEKARIA

2.zk 2008
3,80 €

**SORGINKERIA
DURANGOKO
MERINDADEAN**

**GARAI,
ATALAYA DE LOS
ZUBIAURRE**

**FUSILADOS
DEL FRANQUISMO**

ROCK LOCAL



ROCK LOCAL

**CRÓNICA SONORA
DE UNA GENERACIÓN**

TEXTOS: JUAN A. HERNÁNDEZ, IBAN GORRITI

FOTOS: SEGUN LAZKANO, IBAN GORRITI, TXELU ANGOITIA, TALDEAK

LOS AÑOS SALVAJES

LA década de los ochenta trajo también al Duranguesado una ola de creatividad y rebeldía que tuvo su vehículo de expresión en la música rock.

“El pasado ya ha pasado y por él nada hay que hacer, el presente es un fracaso y el futuro no se ve”. Esa descarnada estrofa de **Eskorbuto** (una de las bandas clave en la historia reciente de la música vasca) es, quizás, la más acertada descripción del sentimiento de hastío y opresión que marcó a toda una generación de jóvenes en Euskal Herria, durante la década que siguió al final del franquismo. Toda aquella rabia contenida acabó siendo vomitada en cientos de estribillos, puñetazos directos al hígado de un sistema aletargado por cuarenta años de dictadura. Sus acordes forman hoy parte de la banda sonora de este país, gracias en parte a la creatividad de un puñado de músicos de esta comarca.

“Nos llamamos **Miseria** porque era lo que teníamos”, recuerda Pivas, cantante de una de las bandas que recogieron la herencia del punk británico en el Duranguesado. -“Es con ‘v’. Todo el mundo lo escribía con ‘b’ y era una forma más de ir contracorriente”, aclara nada más comenzar la conversación-. “Todos veníamos de familias muy pobres, familias trabajadoras”, continúa, “no teníamos pasta ni para instrumentos ni para nada. Eso era lo que mejor reflejaba nuestra situación: miseria. Y con mucho orgullo”.

Miseria nació a mediados de la década y se disolvió cuando ésta tocaba a su fin. Tal vez

fuera casualidad, pero lo cierto es que gran parte de la ola de energía acumulada durante aquellos años se difuminó -¿o tal vez se transformó?- cuando el calendario anunciaba el decenio que nos llevaría hacia el nuevo siglo.

Es imposible disociar la música rock de aquellos años del contexto social, económico y político que la vio nacer. El primer ingrediente de aquel caldo de cultivo fue la propia incertidumbre política, en una época en la que aún era habitual hablar de ‘ruido de sables’ para referirse a la constante amenaza de unos militares que se resistían a dar por enterrado el régimen dictatorial de Franco.

El 23 de febrero de 1982, la amenaza se hizo visible en el asalto por parte de un grupo de guardias civiles al Congreso de los Diputados de Madrid, en lo que no era más que la avanzadilla de un intento de golpe de estado con implicaciones y ramificaciones que aún hoy no han sido aclaradas del todo. Hoy, las imágenes del teniente coronel Antonio Tejero espantando a tiros a sus señorías se han cubierto de un barniz chusco y hasta cómico, hasta transformar a su protagonista en un triste espantajo con mostacho. Sin embargo, para quienes sufrieron el régimen que pretendía reinstaurar, la angustia no desapareció ni siquiera cuando los alzados rindieron sus armas.



Miseria



Bat Bitten



Poliputos



Los López



Estupidofacientes

Apenas tres primaveras después, **Poliputos** (otro de los grupos surgidos bajo la influencia punk) cantaba: “La peña de los Poli amenaza destruir el cuartel de la Guardia Civil”. “Éramos punkis, nos movíamos en eso que se llamaba rock radical”, aclara el guitarrista, compositor y cantante durangués Juanma Goiti, uno de los músicos que integraron la primera formación de la banda junto con Rafa Aparicio e Iñigo Arana. El grupo acabó completándose con Fran Azkune y Joseba Irazu, cuya influencia se notó en la orientación musical del grupo. “Nuestras letras eran muy políticas. Todo era contra el alcalde y la Guardia Civil”, recuerda el músico, que años más tarde creó también **Bat Bitten**, un combo orientado hacia el hard-rock con influencias americanas.

Pero, ¿qué pasó para que de aquel ambiente gris y opresor surgiera semejante sacudida de creatividad? “Sólo lo entiendo desde el punto de vista de la ilusión”, razona Rober Juaristi, uno de los integrantes de **Los López**, inclasificable formación que rompió con la uniformidad de los ritmos que caracterizaba a muchos de sus coetáneos. “Imaginábamos que todo aquello era una fase que se debía superar, que lo que vendría después debía ser mejor. Yo era consciente cuando vivía Franco, porque tenía 14 años. Además, aún no nos habíamos llevado la hostia que nos llevamos después, con Europa y todo aquello”, explica.

Todo aquello sucedía en una sociedad que soportaba niveles de paro del 25% de la población activa, porcentaje que se doblaba entre los jóvenes. Por si fuera poco, la muerte con efecto retardado cabalgaba por las

calle y los garitos a lomos de la heroína, especialmente durante los primeros años de la década. “Unos porque no teníamos curro y otros porque no íbamos a clase...Lo cierto es que teníamos digamos que mucho tiempo libre para hacer cosas”, recuerda Juaristi.

El último (pero no menos importante) de los ingredientes de aquel explosivo cóctel fue la propia influencia de la música británica, personalizada en nombres como los de The Clash o Sex Pistols. De alguna manera, se podría decir que la década de los 70 comenzó en Euskal Herria en 1980, ya que aquellas bandas llevaban años atronando los oídos de los británicos de pro para cuando sus colegas vascos comenzaron a elaborar una receta autóctona basada en aquellos sabores musicales.

“Supongo que hubo un cúmulo de todo”, continúa Pivas. “Llegaron influencias inglesas. A nosotros nos cogió en una época en la que no teníamos referencias y las nuestras fueron esas. Y el resultado fue aquello: echar todo el hígado por donde fuera. Nos convenció y salimos adelante con ellas”, explica mientras muestra algunas de las pocas fotos que conserva de su paso por Miseria –“éramos punkis hasta para eso”, añade para explicar la falta de un archivo fotográfico mayor-. Las imágenes reflejan las poses y el estilo de sus predecesores británicos.

Así las cosas, en cada barrio surgieron grupos dispuestos a tocar con más ilusión que medios, en una época en que –para la inmensa mayoría de los jóvenes aspirantes a músico- primero de solfeo se veía tan



Amonal



Estupidofacientes



Maria y la plantación



Bat Bitten



Skakeo



Udaberri jaia

lejano como una titulación por la Universidad de Harvard. Eran bandas con nombres tan sonoros como **Amonal**, **Estupidofacientes** o **María y la Plantación** (las tres de Elorrio), **Kaligula** (nacida a caballo entre Berriz y esa localidad), **Segundo Gobierno**, **PrivaT**, **Skakeo** o **Sexpinacas**.

Eran chicos, muchos chicos, porque entonces hacer música era –como decía la publicidad de un conocido licor- cosa de hombres. “Yo era de las pocas chicas que tocaba y seguramente la única batería de Euskal Herria junto con la de **Las Vulpes**”, subraya Eli García, componente de Estupidofacientes junto con Josi Bernas, Manolo Caba, Juan Ríos y Txaber Igartza.

Para todos -y todas- tocar se convirtió en algo más que entonar una melodía o seguir un ritmo. Era ser parte de un sentimiento colectivo, a pesar de que muchos de ellos hicieran también del individualismo su bandera. “Eran mil cosas: radios libres, gaztetxes, la insumisión...”, explica la ex batería de Estupidofacientes, sin poder evitar que una enorme sonrisa se le dibuje en el rostro. “Estábamos metidos en Kakitzat, en los movimientos feministas, ¡en todo! Y la música fue una parte muy importante de todo aquello”, añade.

Sin embargo, sería del todo falso dibujar un panorama de uniformidad estilística o política en todo aquel movimiento, a pesar de la recurrente etiqueta del rock radical vasco. “Una de las claves de aquellos años fue la creatividad”, apunta Aitor Ariño, miembro de **Kaligula** y

actual responsable del estudio de grabación Lorentzo Records (Berriz), uno de los principales laboratorios musicales de Euskal Herria, creado precisamente a finales de la década.

Esa diversidad se reflejaba en la música de bandas como Los López, resultado del cruce de múltiples influencias. “Hay que sacar a aitzitxe del talego”, cantaban a ritmo de ska en lo que se convirtió en una especie de himno irreverente. “No nos gustaba el panfleto, políticamente podíamos estar de acuerdo con la necesidad de protestar, pero musicalmente queríamos ir más allá”, recuerda Juaristi, cuyo abuelo -detenido durante la Guerra Civil por los requetés y encarcelado en la prisión de Astola- inspiró aquel estribillo.

Si cada grupo sentía la música de una manera diferente y lo expresaba en función de ese sentimiento, ¿qué era lo que unía a todos? Tal vez el deseo de romper, de no dejarse llevar por la ola dominante. “Estábamos cabreados con el mundo y necesitábamos decirlo”, justifica el cantante de Miseria. Algo que sus mayores no conseguían entender. “Una vez, después de un concierto”, recuerda Goiti, “mi padre me dijo como asustado: antes de tres meses acabaréis todos en la cárcel”.

Aquella energía se expresaba en conciertos en los que toneladas de rebeldía enfundadas en chupas vaqueras o de cuero se agitaban, empujaban, escupían y hasta insultaban. Festivales como el que, a mediados de la década, festejó –porque también había cosas que festejar- el comienzo de la primavera en el exterior de la Herriko Taberna de Durango, con un cartel formado por algunos de los grupos citados en este artículo. La cosa, como no podía ser de otra manera, acabó con una carga policial –la actuación fue absolutamente improvisada y no había permisos para tal estruendo- y varios detenidos.

“Fue una nube de rebeldía, de sensaciones, de diversión y de aquí vale todo”, recuerda Pivas, también sin poder disimular la sonrisa, al ser preguntado por el recuerdo que guarda de su paso por Miseria. “Fue todo muy intenso. No he conseguido una cosa hoy en día que me atraiga tanto como todo aquello”, termina.

Un par de décadas después, sería muy largo determinar si aquel torrente de energía sirvió para cambiar el curso de esta sociedad. Pero lo que es evidente es que la vida no volvió a ser igual para quienes fueron protagonistas de aquellos años salvajes.

Juan A. Hernández

Músico y periodista

CONDENADOS A LA ESPERANZA

LA segunda hornada de la música saturada de decibelios tuvo de singular, lo más importante, una identidad única.

A punto de agotar una década, un 3 de noviembre de 1989, cinco grupos de Durango, reunieron apoyos para convencer a un incrédulo y siempre reacio Ayuntamiento de la villa y montar un concierto de rock en el Pórtico. Fue el día D que marcó una época convulsa de identidades bien diferenciadas, de ilusión con un telón de fondo laboral poco próspero y, sin embargo, de impulso o germen de una escena musical para una comarca.

El objetivo del concierto era resucitar el movimiento de aquellos **Skakeo, Los López, Perrunillas** o, incluso, las afiladas vidas de músicos como Bolos o Cantero, quien fuera batería de **Hertzainak**. El evento se presentó como único. Fue una oferta cultural a modo de isla en un océano. Era posible ante una ciudadanía que no miraba con buenos ojos a los músicos no salidos de un conservatorio. Existían grupos



Martxoak 31

de rock en Durango que ensayaban en la degradada Olma, en el campo de Garaizar robando electricidad al bar, en un trastero vecinal, en una acera de la entonces peligrosa Kalebarria... Siempre de modo casi furtivo.

La velada correría a cargo de unos desconocidos **Less Trance**, tristemente, denostados por ser pioneros en cantar en inglés), **Martxoak 31** (cuatro jóvenes que no sabían euskara), **MPB** (el punk hecho tarjeta de visita) e **Indigentes** (los más directos y herederos musicales de Miseria y otros grupos locales). Hablaban de todos ellos en radios libres como Aldaba Irratia o en algún renqueante fanzine. Los periódicos lo anunciaban con extrañeza. La expectación o morbo llenó el Pórtico y su resultado se transformó en un balón de oxígeno, un pasaporte a la esperanza de confiar en el rock and roll. "Tras los Los López y tal... Yo creo que fuimos la primera piedra de todo lo que hay ahora", valora Lolo Carrera, batería de los aún en activo "aunque adormecidos" –autocalifica- MPB.

Cierto. Después de los años salvajes (los más libres, al mismo tiempo que los más peligrosos), hubo un parón. Existió un vacío hasta lograr aquel concierto al que no faltó nadie. "Yo veo todo lo que tienen los chavales ahora y me digo, para contar con el equipo que tiene cualquier grupo que comienza hoy, nosotros debíamos juntar todo los que teníamos entre Indigentes, Martxoak 31 y MPB. Así salimos a tocar aquella noche", compara Lolo.



Less Trance



MPB



Izurrai

La resaca de aquella jornada ayudó a amanecer un horizonte sonoro más amplio, de nuevos nombres que atronaban en Durangaldea sin permiso como **Baimenik Gabe, Non Demontre?, Eta Zer!, Quattro Clavos, Izurrai** o **Bat Bitten**. Como decía Bugs Bunny entonces, aún había más: Sal, Sakatu, Kaspas de Rata, Planta Baja, Apurtu, Sklerosis...

“Los grupos de entonces -habla Aitor Agirre, ex Eta Zer! y hoy guitarra de **Betagarri**- tenían algo que les falta a los actuales: identidad. Todos eran diferentes. Oías uno y sabías seguido quiénes eran y no te sonaban a copia. Ahora tengo la sensación de oír una banda y no escuchar nada nuevo, sino muchos iguales. Aquello era 100% personal”.

Eran jóvenes que hablaban del ‘sexo, drogas y rock and roll’ como mito más que como declaración de principio y lo vivían a su modo. Estrenaban sus primeras botas Dr. Martens y grafiteaban makutos en unos grises años 90. “Estábamos en Pinondo como veinte personas y sólo dos tenían trabajo. No había esperanza de curro. Era la crisis económica que no permitía comprar material para tu grupo”, analiza Andoni Ruiz Larringan, quien empezara de cantante en Deskarga MPB, fuera batería de Less Trance y más adelante en Martxoak 31.

“Los jóvenes hoy lo tienen más fácil. Aunque muchos se lo curran, la mayoría están más subvencionados y más comprendidos por sus padres, que son más jóvenes y les apoyan. Los nuestros estaban más chapados a la antigua y veían mal el rock”, redondea el batería.

Pero no contagiemos la historia musical con la a todas luces depresión monetaria del momento porque comenzaba a cuajar una escena nueva, con poderío, en tiempos sin teléfonos móviles, sin Internet, sin euros. Lolo, de MPB, adjetiva un panorama de hace dos décadas. El movimiento de entonces era “divertido, espontáneo, mogollón de precario, ingenuo, más peleón que hoy... Difícil”.

Desde otro ángulo, en ocasiones, es necesario alejarse del ojo del huracán emocional de quienes protagonizaron la escena y preguntar a personas que no fueron parte de formaciones musicales, pero que saborearon el momento, como el publicista Andoni Lupiáñez. “Como consumidor de la música de entonces, yo era de los que daba mucha importancia a las letras. Eran más directas y se llevaba el macarrismo. Hoy son más rebuscadas. Todo está mucho más medido y globalizado”.

Quien fuera locutor de la radio libre Txantxibiri Irratia, de Elorrio, echa en falta la “acción, reacción”. “Quizás no guste, pero hoy no hay actitud como aquella”. Un ejemplo, era **Izurrai**. “Podíamos hacer pop, pero todos los grupos éramos punkies”, recuerda su cantante, Iokin Elortza, quien también perteneció a Martxoak 31 y hoy lidera **Seiurte**.

Elortza deja grabada una de las ideas más redondas para la reflexión: “Nuestras referencias éramos nosotros mismos. Nuestra escena era nuestra, tanto Amonal de Elorrio, como “nosequién” de Durango... Ibas a ver los conciertos sin tener referencias mayores o

extranjeras. Los importantes, para nosotros, éramos todos nosotros. No nos hacía falta más”.

Los años avanzaban lentos aunque densos de historias, anécdotas y las bandas duraban en el tiempo. El objetivo era alcanzar a grabar una maqueta, una cinta con la que convencer a una radio o apañar cinco líneas en el ‘Bat, bi, hiru’ de Egin, el ‘Devórame’ del Diario Vasco o la revista musical El Tubo. Tocar era una hazaña: en Durango, sólo el Karreto y en el Txori si era la Azoka; La Parra y el gaztetxe, en Elorrio, y en la Barrabás, de Zornotza. Poco más. Grabar un disco parecía un honor único para músicos de fuera.

No obstante, MPB ya eran conocidos gracias a las distribuidoras alternativas en todo el Estado,

Martxoak 31 asomaba la cabeza en Euskal Herria tras ganar el entonces famoso Villa de Ermua con más que un evidente apoyo de Julio Kageta, Bat Bitten ofrecían calidad a cada canción nueva que grababan, Izurrai salían en ETB tras ser premiados en Euskadi Gaztea, el elorriarra Urko Igartiburu ingresaba en los nuevos **Eskorbuto**, un guitarrista de Durango tocaba con **Luz Casal**... Y **Mazmorra Killers** con componentes de Los López y Skakeo evolucionaban en sonido hasta el punto de ganar el Villa de Bilbao. Durangaldea comenzaba a coger tono muscular rockero y a ser tierra a tener en cuenta, aunque para las instituciones fueran poco profetas en sus fiestas. Como a día de hoy canta **Gari**, ex Hertzainak, con ilusión la segunda hornada estaba “condenada a la esperanza”.



Non Demontre?

LA NUEVA PLANTACIÓN

EL tercer episodio de la crónica sonora de Durangaldea volvió a coger fuego tras un nuevo letargo y despedida de grupos de la segunda hornada. A la tercera va la vencida y ocurrió: **Hyssopus** (Berriz) fue el único grupo de la comarca por el que apostó una discográfica que los vio como producto a vender. Su hardcore y la actitud bestial de sus jovencillos músicos les hizo firmar un contrato, algo hasta entonces no visto, algo que a día de hoy ya es un milagro para quien arranca.

“Hyssopus fueron hijos nuestros y padres de todos los que hay ahora. Los que empezaban entonces, querían ser como ellos. Lograr lo que ellos”, apunta Aitor, de Betagarri. Razón no le falta. Se comenzaba a soñar con una nueva senda, fue tiempo de **At!**, de **Nabari**, **Tirain**, **Txakurren Putze**, **Bat Erre Bat**, los renovados **Zer!**, **Desprestigio**...

El rock se fortalecía gracias al concurso Aldapa de Berriz, esa extraña y aunque modélica aún no copiada forma de trabajo entre un gaztetxe y ayuntamiento; Non Demontre? también reivindicaba su calidad y sonido guipuzcoano con un disco grabado por el cantante de **Söber**; **Quattro Clavos** giraba por Europa; Bat Bitten fichaba por Mil A Gritos. La bomba



sonora había explotado, se buscaba la pole position del “que sepan que existo” con ímpetu.

La cosecha de la nueva plantación hacía discernir poco la realidad con la creencia de que la fama podía existir. La emisora Euskadi Gaztea o ETB que apostó primero por Martxoak 31, Bat Bitten, Izurrai o Eta Zer! ahora lo hacía por Hyssopus, por unos emergentes Seiurte, por más tarde **Muted**, **Lor** y **Etxe**. Sin embargo la ilusión se iba quedando al otro lado de la barricada impuesta por las discográficas tendentes hacia una crisis sin vuelta atrás y un público que “ya no veía los conciertos de la escena local como una fiesta, sino que buscaba el alcohol rápido o no salir de una lonja

alquilada por amigos”, lamentan los músicos. Otro handicap “es que hoy no se ha renovado la música de los bares, anclados en los éxitos de 1983. La euskal musika ha decaído, está en un plano lejano. La misma Euskadi Gaztea ya no se preocupa por ella, cuando era la única”.

Lo cierto es que un momento como el actual en el que los medios están al alcance de todas las personas, que hay más locales en los que tocar o ensayar que nunca, más bandas –“levantas una piedra y te sale un grupo”-... ahora es cuando la situación está más complicada. Para comenzar hay “más oferta que demanda” y el público estaciona en otro lado. “Antes era raro que uno de la cuadrilla tocara



01: Sei Urte 02: Mokaua 03: Disorders 04: Lor 05: Hysoppus 06: Dcry 07: Insolventes 08: Kimetz 09: Yakuzi 10: Noisex 11: Street Girls

en un grupo y ahora son varios los que tienen grupos diferentes”, analiza Kimetz Zenitagoia, uno de los impulsores de una de las asociaciones de rock de la comarca Durangaldeko Musika Taldea (la otra es Gari Rock Elkartea de Zaldibar) y miembro del grupo **Malo**.

Continúa Zenitagoia: “La vida ha cambiado. El mensaje ya no llega como antes”. Andoni, ex Martxoak 31, cree que “ahora hay demasiados grupos y, por desgracia, no hay sitio para todos. Antes éramos muy pocos, de peor calidad y podías despuntar un poco. Ahora un chaval

de quince años toca ya su instrumento con una calidad alucinante”, valora.

Los músicos consultados, además, ven una globalización en el gusto o modas. Desde la salida de los **Dirties**, “son muchas las bandas que suenan como ellos y que quieren ser unos **Hellcopters**”, opinan. Lo mismo ocurre con las bandas de punk y “Oi” o las de rock que suenan entre **Kauta** y **Berri Txarrak**.

Sin embargo, sea cual sea el gusto del instrumentista, la ilusión inunda Durangaldea aunque

el público haya mirado hacia otro lado. Existe el sarcasmo de **Tanga Opilak** o la irreverencia de **Santos Dolidos**, la aceleración de **Zain**, el luxe de **Tuesday Evenings**, la juventud de **The Strikes**, **Bajo Cero** o **Kruders**, el tesón de **Electric Souls**, **Infernuko Panpinak**, **SilicoSOS** o **Ihesbide**, la cabezonería positiva de **Disorders**, los premiados **Yakuzi**, **Ymotek**, **Alerta**, **Muted**, **Seiurte** o **Lor**. La lista es infinita (perdonen los grupos no citados, lo que no significa que no nos acordemos de ellos) y cada vez más extensa en parámetros. Cantan desde su guitarra **Antton**, **Etxe**, **Uste**,

Toubkal, **Pablo**, **Mari Ta La Muerte**, con prismas diferentes; esprintan con la tecnología Logela Multimedia (los mejores de Euskal Herria en su sector) y cada día que pasa se conoce un nuevo grupo como **Hemorroides**, **Zebel**, **Frakaso**, **Trastorno** o **Desperdizio**.

Y con la llegada de la enriquecedora inmigración quién sabe qué aportará el futuro, qué nuevos sonidos acabarán siendo noticia en una comarca abierta al mundo. Tal vez, lleguen más años salvajes condenados a la esperanza tras una nueva plantación. **E**

Iban Gorriti

Músico periodista